

RETOS Y DESAFÍOS DE LA ECOLOGÍA INTEGRAL HOY

P. Gregory
Kennedy, SJ*

Resumen:

La compasión, es un sentimiento fundamental para la comprensión cuidadosa de la ecología integral que, brota del cuerpo vulnerable. Sin una corporalidad sensible y vital, la compasión se puede debilitar fácilmente. Como prueba de esta conexión básica, tenemos la Encarnación, cuando Dios se hace carne en una acción sumamente compasiva. A menudo, la tecnología nos suele descarnar, o sea, enerva nuestra corporalidad. Esta tendencia resulta un reto fuerte y poco reconocido aún por la ecología integral.

¿Cuáles son los retos y los desafíos de la ecología integral hoy? “Si todo se pusiera por escrito, supongo que el mundo entero no podría contener los libros que se podrían escribir” (Jn 21, 25). No obstante, sin querer ser simplista, me atrevo a ser simple: la raíz principal de muchos, tal vez todos, es la carne humana, o más bien, su desaparición.

“Desde el inicio del mundo, pero *de modo peculiar a partir de la encarnación*, el misterio de Cristo opera de manera ocul-

* Colaboró con la CLAR durante sus estudios en la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, donde culminó su maestría en teología. Sus anteriores estudios incluyen un doctorado en filosofía de la Universidad de Ottawa. Actualmente, sirve como guía espiritual en Loyola House, Guelph, Canadá, un centro ignaciano que aspira unir la ecología y la espiritualidad.

ta en el conjunto de la realidad natural, sin que por ello, afecte su autonomía”¹. El conjunto de la realidad natural es el terreno de la ecología integral que estudia todas las interconexiones biológicas, químicas, geográficas, sociales, políticas, económicas y espirituales que afectan la vida terrenal. En la Iglesia, una tradición venerable, iniciada por Ireneo y explicitada por Teilhard de Chardin y otros eco-teólogos, distinguen la encarnación como clave no solo de la redención, sino de la misma creación. Al hacerse carne, Cristo santifica lo material y lo prepara para su divinización última. Entonces, la encarnación recoge la creación e integrándola, anticipa la reconciliación unitiva prometida por la resurrección.

Puesto que la encarnación es una condición *sine qua non* de la integridad y bienestar trascendente de la creación, cualquier cosa que la desafíe resulta un reto preocupante de la ecología integral. Las páginas posteriores se ocupan de exponer los riesgos producidos por la tendencia actual hacia la “descarnación”. Veremos que el descuido del cuerpo humano y el impulso tecnológico por reducir nuestro contacto sensible y táctil con otras criaturas,

¹ Francisco, *Laudato Si*, 99.

acaba por enervar nuestro deseo y nuestra destreza de cuidar el conjunto de la realidad natural, la tierra, nuestra casa común.

Un ejemplo, aparentemente trivial pero temible de la descarnación, se revela en el trabajo de un experto estadounidense de cirugía plástica, una profesión que no se asocia típicamente con cosas ecológicas². El Dr. Boris Paskhover se cansó de una fila creciente de clientes, que se quejaban del tamaño excesivo de su nariz cuando, en realidad, este rasgo era proporcionalmente perfecto con su cara. El doctor se esmeró en hacer una investigación del fenómeno, y descubrió que en las *selfies* la nariz suele parecer un 30 por ciento más grande que “en vivo”, a causa de la física óptica. Cualquier objeto situado cerca al lente se agranda visualmente. Dado que, la cámara utilizada en las *selfies* generalmente queda a unas doce pulgadas distante de la nariz, ésta no puede evitar un aumento en la fotografía.

Ahora, el reto gigantesco es que, la gente toma la distorsión como la verdad. Se obsesiona tan-

² Joseph Breaun, “Plastic surgeons fielding ‘selfie nose’ complaints”, en *The National Post* (Canada), 2 de marzo, 2018. NP2.

to por su imagen, que ya no son subjetivamente capaces de desmentir los engaños del aparato, o, aún peor, les da literalmente igual. Es decir, hay personas que hoy en día, se someterían conscientemente al riesgo y costo elevado de la cirugía plástica solo para aparecer más guapas en las ficciones de sus fotos. No les importa que en carne y hueso se vean excelentes. Lo que les importa es la apariencia de su avatar, su personaje mediático. Aquí la imagen suplanta lo material, el yo tecnológico supera al ser humano íntegro.

Por supuesto, este ejemplo, hasta ahora, es algo exagerado. Relativamente, son pocos los que se pueden permitir el lujo de reconstruirse artificialmente para impresionar la cámara. Sin embargo, muestra una propensión universal en ascenso de devaluar el mundo físico y un ansia tácita de sustituirlo por el mundo virtual. Cada vez más, preferimos las cosas mediadas por la tecnología que las cosas inmediatas. Aquellas nos captan la imaginación, nos dejan ver cosas que existen solamente en los espacios virtuales, fantásticos e ilimitados, pero a la vez muy manipulados

por quienes saben controlar el *software* y *hardware*.

Todo lo anterior toma un aspecto aún más siniestro al contraponerlo a la siguiente frase provocativa: “La empatía necesita una cara”. Son palabras escritas por Frans de Waal, un biólogo especializado en los primates, que ha liderado muchas investigaciones sobre el mundo afectivo y social de los chimpancés. En su libro, “La época de la empatía”, demuestra que ciertas emociones como la empatía, simpatía y compasión, antes consideradas únicamente humanas, se hallan entre muchos animales. De hecho, el subtítulo de la obra afirma que la naturaleza tiene bastantes “*lecciones para una sociedad más bondadosa*”.

Según las investigaciones extensivas de él y otros científicos, el cuerpo y la proximidad física juegan un papel fundamental en el desarrollo de las cualidades valoradas por los cristianos: misericordia, generosidad, altruismo. Todo se inicia con el contagio emocional, o sea, la facilidad de un cuerpo de transmitir su estado de ánimo a otro cuerpo animal. Este fenómeno se nota hasta en

las ratas, que “muestran el contagio del dolor. Es decir, ellas al ver la pena ajena intensificaban la reacción de su propio dolor”³.

De ahí se erige todo el edificio de la sociedad humana, la que requiere toda la canasta de virtudes civiles para sostenerse. De Waal demuestra que la empatía y la compasión no son primordialmente asuntos intelectuales, sino corpóreos; tienen que ver más con nuestra carne susceptible que con la mente deductiva. Confirma que, “ver las emociones del otro provoca las emociones propias y desde este inicio vamos construyendo un entendimiento más avanzado de la situación del otro. Las conexiones corporales llegan primero -la comprensión después-”⁴. Entonces, las características indispensables de la convivencia armónica surgen de la sustancia de nuestro existir anatómico, algo que compartimos con los demás animales.

Es en esta línea de pensamiento Waal constata que, “la empatía necesita una cara. A la mano de una expresión facial empobrecida viene una mendigada comprensión empática, más una

interacción insípida que carece de las imitaciones somáticas que los seres humanos hacen constantemente... Cuando tratamos de hablar a una persona con cara de piedra, caemos en un hueco negro emocional”⁵.

Ahora bien, ¿qué nos pasa cuando hablamos cada vez más con personas que encontramos en el plano de la pantalla? ¿Quién sabe si los rostros que se nos presentan, han sido ajustados por la magia de la cirugía estética? La imagen mostrada puede ser puro producto del arte y voluntad humanas. De repente, todo lo visto se pone en duda, porque ya no hay modos inmediatos de averiguar el estado real del interlocutor real, en el sentido que está basado en el cuerpo sensible y afectivo. Distanciados y distorsionados, nos comunicamos literalmente a duras penas. Así, la crueldad reemplaza la civilidad en la comunicación electrónica. Demasiado frecuente, expresamos en nuestros correos, tweets, mensajes de texto, etc., cosas cáusticas que nunca nos atreveríamos a decirle de frente, a una persona en carne viva. En la ausencia de un rostro capaz de convencernos inmediatamente del efecto de nuestras palabras y

³ Frans de Waal, *The Age of Empathy: nature's lessons for a kinder society* (Toronto, McClelland & Stewart, 2009) p. 71.

⁴ *ibid.* p.72.

⁵ *ibid.* p. 84.

acciones, nos comportamos, quizá contra nuestra propia voluntad consciente, sin la compasión que quisiéramos practicar.

En la jerarquía de los sentimientos comunitarios, todo se basa en el cuerpo frágil, porque éste, más que la mente, queda abierto, inconscientemente, al contagio emocional, que sincroniza a los seres y les permite compartir experiencias privadas. Luego viene la empatía, seguida por la simpatía, y finalmente llega la compasión. Aunque la última sea el sentimiento más alto y desarrollado, nunca se aleja de la base de todo, el cuerpo. Esta conexión se guarda en la misma etimología, pues, la palabra significa “sufrir con”. A nivel intelectual o existencial, el sufrimiento siempre se sitúa en el cuerpo, así sea, manifestado en la pérdida del apetito o energía. Por lo tanto, al pretender despedirse del cuerpo, la compasión se lastima mortalmente. Sencillamente, la compasión es corporal. De Waal nos recuerda que “el contacto físico consolador hace parte de nuestra biología mamífera, originado en el amamantar maternal, el embarazo, y el llevar en brazos, lo que explica por qué buscamos o damos tanto

contacto físico en situaciones estresantes⁶”.

En términos teológicos, lo anterior tiene todo que ver con la encarnación. Para llevar a cabo su compasión infinita, el amor de Dios tenía que tomar carne y habitar entre nuestros cuerpos dolientes. ¿Cómo podría sentir compasión un dios que no sufriera, que nunca experimentara los golpes de la enfermedad, la injusticia, la muerte? La encarnación proclama la importancia absoluta del cuerpo para la existencia humana y la salvación de ésta. Nuestra substancia sufriente no es nada accidental, opcional, desechable, o despreciable. Al fin de cuentas, siempre será el objeto y el sujeto de la compasión, sea humana o divina.

Puestas así las cosas, desconcierta mucho el proceso común de la tecnología de ocultar, alejar y desconectar el cuerpo humano. Además, solemos valorar la tecnología en la medida que nos retira del entorno físico y exigente. La promesa de la tecnología, promulgada por las revoluciones científica e industrial, es la liberación del tedio y agotamiento del trabajo físico. Sin duda algu-

⁶ de Waal, p.94.

na, está muy bien, hasta un determinado punto. Pero, cuando el cuerpo mismo se considera un estorbo a la vida humana, cuando nuestra necesidad, tanto física como espiritual, de interactuar con el mundo se ve como un impedimento al proyecto personal, concebido ahora en el espacio abstracto de la realidad virtual, el ser humano corre un peligro aterrador. Arriesgamos nuestras capacidades de compadecer y comprender al otro. Sin éstas, la compasión no brota, ni siquiera germina.

Para insistir, el Otro son también todos los seres no humanos. Una vez alejados por la distancia que a menudo la tecnología interpone entre nuestros cuerpos y los de las otras criaturas, éstas ya no cuentan en nuestros planes y nuestros esfuerzos para realizarlos. Pocas veces nos paramos para contemplar las consecuencias que, por ejemplo, nuestro computador genera. De otra parte, este no deja de consumir energía. Tenemos solamente una vaga idea de donde viene la electricidad que hace funcionar los aparatos y bombillos. Ciertamente, cualquier modo, aun el más sostenible, lleva ramificaciones ecológicas. Los proyectos hidroeléctricos inundan

ecosistemas, desplazando a gente, flora y fauna. Los hidrocarburos contaminan el aire y agravan el cambio climático. Hasta los molinos de viento y los paneles fotovoltaicos se fabrican de metales, plásticos y otros minerales que exigen minas y petróleo, lo que causa daños ambientales.

Siempre que haya trabajo hecho, se expende energía. Esta ley física es ineludible. Cuando el cuerpo trabaja, hay dos ventajas. Una, se aprecia mejor la energía gastada. Dos, obliga a proceder más lento, algo también ventajoso porque nos da tiempo para discernir y modificar nuestras acciones antes de que se pongan demasiado destructivas. Si te toca caminar a todos tus destinos, vas a evitar viajes frívolos e innecesarios.

Ahora bien, ¿quién piensa dos veces antes de enviar un correo, o compartir un video, o subir fotos en la nube? Normalmente, nadie imagina que dichas acciones gastan electricidad. Al contrario, parecen totalmente inocuas, mágicas, sin la menor repercusión. No obstante, calculan que, para el año 2040, a la tecnología informática le corresponderán el 14 por ciento de la totalidad glo-

bal de emisiones de carbono, una suma que equivale a más de la mitad de todo el transporte mundial⁷. Google calcula que cada búsqueda hecha emite 0,2 gramos de dióxido de carbono, algo que no pesa nada sobre la conciencia. Mas, cuando se tiene en cuenta que se hacen mundialmente 228.000.000 de búsquedas cada hora, el carbono emitido se va acumulando rápidamente. Peligrosamente esta polución escapa sin ser vista por el usuario. Nuestros móviles inteligentes, tabletas, laptops y PCs no tienen chimeneas ni tubos de escape. Por lo tanto, nos engañan como si fueran completamente benignos.

Aquí, no se discute que la tecnología nos haya brindado una serie de bienes inesperados y provechosos. Tampoco se debate que la vida y la creatividad siempre impliquen algo de la destrucción. En los ciclos de la naturaleza, unos seres se sacrifican constantemente para que otros surjan y se den en su tiempo. El problema consiste en la ceguera producida por la distancia corporal que la tecnología, incluida la más bási-

⁷ Lofti Belkhir, "Hidden emissions in your pocket" (Las emisiones escondidas en tu bolsillo) en *The Toronto Star* (Canada), 31 de marzo, 2018.

ca, suele imponer. Todos sabemos que matar a alguien con un cuchillo cuesta más que con una pistola, o con una bomba más que con un misil auto dirigido. Cuanto más se separa el cuerpo humano de las séquelas de sus acciones, menos se involucra el contagio emocional y, como resultado, nuestra compasión.

Por eso, el reto más grande de la ecología integral en la época de la tecnología avanzada es mantener la integridad del ser humano, o sea, preservar su corporalidad y su capacidad fundamental de ser contagiado emocionalmente. Ahora, si el cuerpo no disfruta de la salud y del vigor, si todo esfuerzo físico duele por falta del uso y ejercicio, si se suben expectativas despóticas de belleza, que nadie pueda cumplir sin intervenciones médicas, el cuerpo sentirá un cargo, que merece ser anulado por la tecnología liberadora. Así, la misma tecnología soluciona parcialmente los problemas que va creando. Las máquinas y aparatos, que nos desconectan del mundo material y nos acostumbran al abandono corporal, nos distraen con diversiones cada vez más separadas del cuerpo y de la naturaleza.

Por supuesto, no todas las tecnologías nos borran el cuerpo. Hay muchas clases de herramientas que nos enlazan con nuestros cuerpos y, consiguientemente, conservan, o amplifican nuestra capacidad innata de la compasión. Las gafas, los audífonos de sordos, una buena parte del equipaje desarrollado para grabar y reproducir música y películas capaces de profundizar nuestra existencia terrenal. Quizá, la prueba de que una innovación promueve la ecología integral o la desafía, será cuánto nos auxilia a radicarnos en la corporalidad de la que salen los brotes instintivos de la empatía.

Dada la centralidad de la encarnación, no solamente para el cristianismo, sino, como ha sido

exhibido anteriormente, para la compasión misma, no se debe permitir que la tecnología nos descarne y nos deje despojados del terreno compasivo, el cuerpo. En otras palabras, el reto de la ecología integral es resistir a la *descarnación* que amenaza quitarnos el genio natural de tener compasión y empatía. No hay que explicar que nuestro cuidado de la casa común depende totalmente de una compasión vital y universal. Como dice el Papa Francisco, “no puede ser real un sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza si al mismo tiempo en el corazón no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos”⁸. En últimas, la compasión integral es una que, abraza todo o no abraza nada.

⁸ Francisco, *Laudato Si*, #91.